

La inmortalidad

KUNDERA, Milán. *La inmortalidad*, Tusquets editores, Barcelona, 1990, 412 p.

La muerte se desvanece. Pero no sólo ella. El mundo postmoderno de los medios de comunicación, la tecnología de la imagen y el poder de sobreponerse a los demás, de sobresalir, de dejar huella en los otros, en la sociedad, en la cultura o en la historia, lo que llamamos superarse a sí mismo, trascenderse, darle sentido a los acontecimientos a medida que los planeamos y decidimos, en fin, este magnífico e insólito nivel de concientización agudizado en el siglo XX sobre la existencia, el individuo y su papel causal e histórico, se ve todo ello desmitificado y desprovisto de todo sentido metafísico por la fuerza de esta novela, demoledora incluso de lo que convencionalmente uno espera como lector de novelas. Kundera desvirtúa la unidad de acción y se buiia de la tensión dramática que genera la cadena de acontecimientos, actos y escenas articulados que conducen a un desenlace final, que culminan en el climax que le da sentido a todo lo anterior, “una novela no debe parecerse a una carrera de bicicletas, sino a un banquete con muchos platos distintos”.

Incluso el mismo Sartre resultaría un metafísico anacrónico con su tesis de que la muerte de cada hombre nos deja un proyecto inconcluso de vida, su imagen inacabada construida a través de su devenir existencial como una especie de testimonio o de huella que perduraría al menos entre los conocidos o amigos. Ni siquiera eso perduraría. Ni Goethe perdura en el Fausto. Simplemente porque Goethe ya se murió. No existe en ninguna parte, ni siquiera en sus novelas. Sobrevivir después de la muerte aunque fuese sólo en la imagen de nuestras obras es apenas una ilusión de la cual ni siquiera Sartre se salvó a pesar de que reconocía en el hombre un ser para la muerte. Pero es que el hombre no sabe ser mortal. Le da mucha brega aceptar su condición más esencial.

Pues bien. Un individuo es apenas una combinación viva de dos o tres gestos que lo definen, de la misma manera como el novelista produce sus protagonistas, a partir de un gesto de la cultura, como Agnes saludando con la mano alzada, o Laura su hermana

que al fin de tanto llorar se quedó con Paul el marido de Agnes. De la misma manera que la historia recuerda a Betina la amante de Goethe sentada sobre las rodillas de Goethe como una niña, o a Cristina la esposa celosa de Goethe quebrándole las gafas a Betina. El gesto es más esencial que el individuo. Existe mucha gente, pero muy pocos gestos. En fin, el gesto no es un instrumento para uno expresarse; más bien uno es la encarnación de algún gesto. Lo cual naturalmente golpea toda clase de metafísicas del yo que todavía pululan en la cultura escolar y psicopedagógica.

No se imagina uno que en medio de la seriedad filosófica y crítica un tanto desalentadora florezcan a lo largo del texto, con la danzarina levedad del lenguaje que caracteriza a Kundera, preciosos episodios de amor y de erotismo entretejidos entre Agnes, Paul, Laura, Bemaid, Rubens, Avenarius intercalados con escenas de amor y de inmortalidad de Goethe y Betina. La inmortalidad es entonces una ilusión necesaria que nos acompaña siempre a partir de aquel momento en que nos asomamos a ella

por alguna casualidad, desde que empezamos a creer que los demás nos miran, que el ojo de todos está sobre uno, o puede llegar algún día a interesarse en uno. Y como la vida pierde sentido si nadie te espera o te recuerda, resulta que también en las relaciones amorosas se hace presente la inevitable inmortalidad como aquel matiz ilusorio que toca todo acto que pretende tener perspectiva y trascender lo inmediato, lo particular, lo eventual, lo casual o la mera coincidencia. La inmortalidad es pues el superpersonaje de la novela de Kundera, pero es también el diagnóstico que caracteriza a Europa y a la cultura contemporánea de Occidente. Aunque la cultura hierática de Oriente no se salva tampoco de semejante divino atributo, ni la cultura escolar de nuestro país ahorre esfuerzos por poner a vivir a todos los jóvenes de semejante ilusión. Sólo que quizás sea la ilusión que más esencialmente define al hombre.

RAFAEL FLOREZ OCHOA
Profesor Facultad de Educación,
Universidad de Antioquia.